

súplica *más poderosa*, como hecha por un Hombre-Dios; la súplica *más universal*, puesto que se extiende á todos los tiempos, á todas las personas, á todas las necesidades, ya del cuerpo, ya del alma, ya del corazón; la súplica *más fácil*; porque basta unirnos á Jesucristo, ó al sacerdote que en su nombre consagra y ora.

Ya se comprende que la Misa, por sí misma, no perdona los pecados, pues para eso instituyó el Señor el sacramento de la Penitencia; pero si decimos, con el santo Concilio de Trento, que el Santo Sacrificio, ofrecido á Dios con el sentimiento de una verdadera fe, de un temor saludable, de una humilde reverencia y de un arrepentimiento sincero, atrae sobre nosotros la misericordia divina, nos alcanza el don de la verdadera contrición, el espíritu de penitencia y la gracia de cumplir todas sus condiciones, inclusa la de la confesión, y de este modo nos prepara y nos asegura el perdón de los pecados.

15. Por último, si á estos fines se agrega que en la santa Misa se trae á la memoria la Pasión de Jesucristo, que la mente se llena de gracia y que se nos da una garantía de la gloria futura, imagínese el cristiano cuán grande cosa sea el Sacrificio Eucarístico, aun suponiendo que no se considere más que por *los fines de su institución*.

Queda, pues, á grandes rasgos trazada la grandeza de la santa Misa, ya por el significado de su mismo nombre, ya por la dignidad de la persona que la ofrece, ya por la divina víctima que es ofrecida, ya por ser Dios á quien se encamina, y ya por el modo con que se ofrece. Todo esto resalta más si se consideran los altísimos fines que el Señor se propuso en la institución de tan augusto Sacrificio; pues por él, según hemos considerado, se tributa á la majestad infinita de Dios el culto que le es debido, se ofrece á su bondad la acción de gracias más perfecta, se implora y se obtiene el perdón de los pecados, se solicitan y se alcanzan todos los auxilios y todas las gracias espirituales y corporales. Con razón se ha dicho que *el Sacrificio del altar reúne en sí la virtud, la eficacia, el mérito y la gloria de todos los sacrificios*. «De este modo la Eucaristía, como sacrificio, ha simplificado el culto, y al simplificarlo lo ha ennoblecido, lo ha completado y lo ha perfeccionado. Por consiguiente, la Eucaristía es la gloria de la Iglesia, el consuelo y las delicias del alma fiel, la verdadera arca de nuestros santuarios, el más bello ornamento, el más rico y el más precioso de nuestros templos.» (Raulica, Confer. XX.)

CAPÍTULO XXV

Declárase la excelencia de la santa Misa por sus efectos.

1. La Misa aprovecha á todos los hombres — 2. Cuál sea el Corazón de Jesús en la santa Misa.

La santa Misa—dijo San Francisco de Sales—es el sol de las devociones, porque ante ella desaparecen las demás, como las estrellas al dejarse ver el hermoso astro del día. Hemos visto un emblema que expresa bien este pensamiento; figuran en él una serpiente y una paloma, un águila y un mochuelo, un cordero y un lobo, y en lo alto el sol iluminando benéfico á todos, con esta inscripción: *Super bonos et malos* (1); como diciendo: El Sacrificio Eucarístico es como el sol, que derrama sus bienes sobre todos los hombres, buenos y malos; sobre los astutos, como la serpiente, y sobre los sencillos, como las palomas; sobre las águilas de la ciencia y sobre los mochuelos de la ignorancia; sobre los feroces como lobos y sobre los mansos como corderos. En el emblema no hay estrellas, pero sí un rótulo que dice: *Venite ad me omnes... et ego reficiam vos. Venid á mí todos, que yo os aliviare*.

2. Verdaderamente así es el Corazón de Jesús en el Santo Sacrificio; allí se ostenta amoroso y misericordioso hasta lo infinito, como figura de la substancia del Padre, y haciendo bien á todos para salvar á todos. A la manera que el sol, benéfico para todos los hombres, no se concreta á este ó al otro lado del firmamento, sino que, agitándose en los espacios, reparte su luz y su calor cada día á las cuatro partes del mundo y á todas las criaturas, de esta, de la otra y de todas las especies, así también el Sol místico de la Iglesia católica, ó sea el *Corazón sacratísimo de Jesús* en la santa misa, con misericordia infinita, ilumina y regocija á los entendimientos de todos los seres racionales, tanto á los

(1) Ginther: *Speculum amoris*, Considerat. XVI.

que gozan de las inefables dulzuras del cielo, como á los que gimen en las llamas del purgatorio, como á los que nos hallamos en este valle de miserias, incluso los hombres malévolos y prevaricadores. A todos reparte sus dones, pues, como dijo el Apóstol, *Se dió á Sí mismo por nosotros en oblación y hostia á Dios, en olor de suavidad*; y este es el tesoro de que nos habla el inspirado libro de la Sabiduría, cuando dice: *Hay un tesoro infinito para los hombres, y los que hacen buen uso de él, son hechos partícipes de la amistad de Dios* (1).

Ya hemos declarado cuán grandioso es dicho tesoro, considerando su íntima *esencia* y los *finés* porque el Señor le instituyó, y ahora, para consuelo y deleite espiritual de nuestras almas, intentamos ponderar la misma excelencia, mostrándola por *los efectos* maravillosos que produce.

- 1.º En la Iglesia triunfante y purgante.
- 2.º En la Iglesia militante.

§ I

EFFECTOS DE LA SANTA MISA EN LAS IGLESIAS TRIUNFANTE Y PURGANTE

3. A la Creación supera la Redención.—**4.** A la Redención, la Eucaristía.—**5.** Los efectos de la Misa son divinos é infinitos.—**6.** En qué forma son limitados.—**7.** Efectos de la Misa en la Iglesia triunfante.—**8.** Efectos en la Iglesia purgante.

3. *Dios dijo, y todas las cosas fueron hechas; Dios mandó, y todas fueron creadas* (2). Así se realizó la *Creación*, obra portentosa de la omnipotencia divina; mas este prodigio, con ser tan maravilloso, no es el mayor, pues le supera en mucho la *Redención*. En la Creación, Dios triunfó de la nada; en la Redención triunfó del pecado, que resiste á Dios más que la nada. Para la Creación bastó su palabra; para la redención fué preciso que muriera el mismo Dios hecho hombre. En la Creación se admira principalmente la omnipotencia del Señor; en la Redención campean además su infinito amor y su

(1) Tradidit semetipsum pro nobis oblationem et hostiam Deo, in odorem suavitatis. (Ephes., I, 2).—In finitus thesaurus hominibus, quo qui usi sunt, participes facti sunt amicitiae Dei. (Sap., VII, 14.)

(2) Ipse dixit, et facta sunt. Ipse mandavit, et creata sunt. (Psalm. III.)

misericordia infinita. La Creación es magnífica y esplendorosa; la Redención fué llamada por San Pablo *la obra maestra de la abiduría y del poder de Dios* (1).

4. Pues bien: esta obra por excelencia de Dios realizada á la faz del universo hace ya casi diecinueve siglos, subsiste hoy y subsistirá siempre en nuestros altares, renovándose sin cesar en el santo sacrificio de la Misa, y por consiguiente los efectos grandiosos de la Redención se reproducen en el misterio eucarístico en toda su plenitud, puesto que el sacrificio del altar y el del Calvario son un solo y único sacrificio. Y como en la Eucaristía se agrega que Dios se hace nuestro compañero para siempre, y se expone á nuestra adoración y culto, y se nos da en alimento espiritual de nuestras almas, haciéndonos por modo excelentísimo una sola cosa con El, dícese con toda verdad que la Misa es el misterio de los misterios, la maravilla de las maravillas y el prodigio de los prodigios, que renueva sin cesar todos los prodigios, maravillas y misterios de la Redención (2).

5. Que los efectos del Santo Sacrificio son *divinos en sí mismos*, no se puede negar, porque ellos proceden de la omnipotencia de Dios como causa inmediata; pero además dichos efectos son *divinos en su aplicación general á las almas*, puesto que las hacen partícipes de la naturaleza divina, granjeándolas la gracia santificante. *En todas y cada una de las Misas*—dijo Santo Tomás de Aquino—*se encuentra toda la utilidad y todo el fruto que Cristo nos mereció con su muerte en la cruz* (3); y por esto cabe decir que la celebración de una sola Misa vale tanto como la muerte de Jesucristo en el Calvario. Con una sola Misa pueden alcanzarse gracias suficientes para convertir á todos los pecadores del mundo, para evitar todas las calamidades de los hombres, para endulzar todos sus padecimientos y para apagar todos los fuegos del purgatorio.

6. Siendo esto así—se dirá,—¿cómo es que celebrándose diariamente tantas Misas en el mundo somos infelices y no se acaban de una vez los pecados y las miserias humanas?—«Ya se comprende; es porque el valor de la Misa, aunque *en sí mismo* es de poder infinito, se halla al mismo tiempo limitado *en su*

(1) Predicamus Jesum Christum, et hunc crucifixum, Dei virtutem et Dei sapientiam. (I Cor., I.)

(2) Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus: sciam dedit timentibus se.

(3) In qualibet Missa invenitur omnis fructus et utilitas, quam Christus in die Parasceve operatus est in cruce cum morte sua. (S. Thom., *Discipl. ser.*, 48.)

aplicación particular, puesto que el poder de Dios, esencialmente infinito, no obra en toda su plenitud y eficacia sino en su ser infinito, ó sea en las relaciones de las personas de la Santísima Trinidad. Desde el momento en que el Señor obra fuera de sí mismo, sea en la cruz, sea en el altar, su poder, aunque siempre inmenso, se encuentra necesariamente limitado, en cierta manera, por la naturaleza finita de las criaturas, que no son capaces de recibir tanto como El puede dar. Dios pone á nuestra disposición un tesoro inagotable, y nosotros tomamos de él según nuestras fuerzas, y nada más, al modo que quien va á la fuente saca de ella más ó menos agua, según la capacidad del vaso que lleva.

Los efectos, pues, de la santa Misa pueden ser limitados, ya por la intención del sacerdote que celebra, ya por las disposiciones de aquellos por quienes el sacrificio es aplicado, ya por las circunstancias de las personas que asistan á la Misa, ya por la voluntad de Dios, que por sus altos juicios, siempre justos y misericordiosos, dispensa sus favores con medida, bien sea para excitar más nuestra fe y nuestra confianza, bien para que insistamos más en nuestras oraciones y sacrificios, bien para hacernos merecer más por su amor.

7. Ahora bien; el primero y principal efecto del Sacrificio eucarístico es en favor de *la Iglesia* que llamamos *triumfante*, ó sea de los moradores de la patria celestial. Dios nuestro Señor, con ser ente perfectísimo, que nada necesita, es por la santa Misa sobremanera glorificado. Cuando un sacerdote celebra, tributa á Dios honra y gloria infinita tanta como le dió la vida, la pasión, la muerte y el amor infinito de nuestro Señor Jesucristo.

Por la santa Misa los Angeles alaban la majestad de Dios, las Dominaciones le adoran, las Potestades le rinden vasallaje, y los Tronos, Querubines y Serafines ofrecen á sus plantas los afectos encendidos de su ardentísimo amor. Todas las jerarquías angélicas rebosan de júbilo contemplando al Dios de los cielos, infinitamente glorificado por Jesucristo en el Santo Sacrificio, y los bienaventurados de las mansiones celestiales acrecientan su gloria accidental renovando para con Dios sus santos amores. Sobre todo, la Virgen María, Reina de los cielos, complácese en la continuación de la obra redentora de su divino Hijo, y complácese también en poder, con Jesús y por Jesús sacramentado, mostrarse dignamente reconocida á las mercedes del Altísimo. Por cuya razón no es de maravillar que San Lorenzo Justiniano, lleno de asombro, exclamara: «Tengo para mí que en la hora que el sacer-

dote consagra, se abren los cielos, se regocijan los ángeles y millares asisten al altar.» Cuando el Cordero de Dios es inmolado - añáde el Crisóstomo—los serafines están presentes y cubren su rostro con sus seis alas (1).

«Y puesto que los sacerdotes—prosigue el mismo San Lorenzo—descendiendo el Verbo encarnado del cielo al altar, le tocan con sus manos, le distribuyen á los fieles y le reciben en sus propias entrañas, en presencia de los ángeles, á quienes nunca fué concedida tan excelsa potestad, justo es que tengan siempre una conversación, más que humana, angélica. *Acérquese, pues, el sacerdote al altar, como Cristo; asista como ángel, ministre como santo, ofrezca los votos de los pueblos como pontífice, ruegue por la paz como mediador, y ore por sí mismo como hombre* (2).»

8. Mas no se detienen los efectos de la santa Misa en las regiones celestiales de la Iglesia *triumfante*, sino que descienden como rocío benéfico á las subterráneas mansiones de la Iglesia *purgante*, llenando de consuelo y regocijo á las ánimas benditas, prisioneras ilustres que forman parte de la comunión de los santos y participan de las divinas influencias de la Misa y de los merecimientos de Cristo nuestro Señor. Aquellas ánimas por quienes se aplica especialmente el Santo Sacrificio, reciben muy singulares y beneficiosos efectos; y aunque los hombres sean á veces ingratos y se olviden de algunas almas, la Iglesia jamás las olvida y como Madre cariñosa les aplica para su alivio el Sacrificio del altar. No hay para las ánimas sumergidas en aquella región de dolores, consuelo mayor ni más dulce lenitivo que la celebración del Misterio eucarístico (3). Tal es la grandeza de la santa Misa respecto de las dos Iglesias *triumfante y purgante*; digamos ahora dos palabras sobre los efectos que produce en la Iglesia *militante*.

(1) Agnus Dei immolatur, Seraphim stant, sex alis faciem tegentia. (S. Chrisost., *De Sacerdot.*, lib. VI.)

(2) Potius angelicam, quam humanam, debent conversationem habere. Accedat igitur sacerdos ad altaris tribunal, ut Christus, assistat ut angelus, ministret ut sanctus, populorum offerat vota ut pontifex, interpellat pro pace ut mediator, pro se autem exoret ut homo. (S. Laurent. Just., *S. de Corp. Christ.*)

(3) Véase nuestra obra *La Vida Feliz*, tomo III, cap. XXVIII.

§ II

EFECTOS DE LA SANTA MISA EN LA IGLESIA MILITANTE

9. La Misa produce grandiosos efectos en la Iglesia militante. - 10. En el Sumo Pontífice y en los Prelados. - 11. Su influencia protectora es universal para el pueblo fiel. - 12. Y muy particular para cada uno de los cristianos. - 13. Beneficios especiales. - 14. Lo que es y vale una Misa - 15. Resumen y conclusión.

9. Probado ya que por el Santo Sacrificio de nuestros altares se obtienen todos los auxilios y todas las gracias divinas, ya para el cuerpo, ya para el alma, ya para los individuos, ya para las colectividades, fácil cosa será deducir los grandiosos beneficios que de él reporta la *Iglesia militante*. No se trata ahora de ponderar el homenaje infinito que con la santa Misa tributamos á Dios, á la Virgen, á los ángeles y á los Santos del cielo, cuyas virtudes se recuerdan y cuya intercesión para con Dios se invoca; tampoco se pretende enumerar los dulces consuelos, las inefables alegrías y los incesantes alivios que con el Sacrificio eucarístico experimentan las nobilísimas ánimas del purgatorio; trátase únicamente de hacer comprender á los fieles la extraordinaria, la inaudita, la inexplicable grandeza de la santa Misa por los efectos maravillosos que en nosotros produce. Si la *impetración* de Cristo inmolado en el altar hace subir al cielo torrentes de gloria y regocijo; si su *propiciación* hace descender á los subterráneos purificantes el alivio ó libertad de las penas, no son de menor cuantía las gracias y dones que por la *expiación é impetración* derrama en torno nuestro y en toda la *Iglesia militante* en general. «La paz de la Iglesia, la tranquilidad del mundo, la prosperidad de los reyes é imperios, el ardimiento de los combatientes, la unión de las familias y amigos, la cura de los enfermos, el consuelo de los afligidos, la asistencia á los menesterosos, todo esto—dijo San Cirilo de Jerusalén,—nos proviene de la Hostia propicia, que adoramos en el sacrificio de la Misa.» (S. Cyril., *Catech.* 5, *mystagog.*)

10. Mas descendiendo ya á enumerar los beneficios particulares del Sacrificio eucarístico en dicha Iglesia militante, decimos que por él los derrama el Señor tan copiosos, que todo cuanto expresemos será nada en comparación de la realidad. Para el Sumo Pontífice, que es el Jefe supremo, y para los Obispos, que en unión suya forman la Iglesia docente, es la santa Misa *un faro luminoso*

que los guía en las decisiones dogmáticas, morales y disciplinares que sea preciso declarar al pueblo fiel. Es *una regla sobrehumana de prudencia*, que no les dejará equivocarse en los consejos que necesariamente tienen que dar. Es *un manantial de fortaleza* para salir triunfantes en las luchas que cada día tienen que sostener. Con la santa Misa comienzan siempre las grandes asambleas que llamamos concilios. El altar es el foco radiante que despidе los rayos luminosos del *Sol de los ejercicios de piedad*, pues así llama San Francisco de Sales al Sacrificio eucarístico.

11. Y no menos ayuda y favorece al pueblo fiel en común; pues como la santa Misa es *un sacrificio permanente*, sin que haya hora del día ni de la noche en que no se celebren en la redondez del globo muchas Misas, de tal suerte que el divino Sacrificio puede llamarse perpetuo en su *duración* y también en su *oblación*, como predijo el profeta Malaquías (1), es evidente que su efecto es continuo y su protección universal. Protege á las almas contra *la rabia del demonio*, que á todo trance quisiera impedir que se multiplicara en nuestros templos la celebración de la Misa. Protégelas contra *la justicia de Dios*, continuamente ofendida, es verdad, pero al mismo tiempo continuamente apaciguada. ¿Qué sería de nosotros si faltara del mundo el Santo Sacrificio? Si el mundo subsiste todavía—dicen los Santos—debese á la continuidad de la santa Misa, pues sin ella tal vez estaríamos todos aniquilados. El sacerdote en el altar es el pararrayos de los castigos del cielo, ó sea la columna que sostiene el mundo vacilante ante el peso enorme de sus crímenes. Esto no lo entienden los hombres sin fe; mas nosotros, iluminados con luz del cielo, decimos: *El dedo de Dios está aquí.*

12. Pero lo más consolador é importante en este punto es que cada uno de los fieles encuentra en la santa Misa el medio de aplicarse los fines del Sacrificio, que antes hemos indicado. Puede rendir á Dios un homenaje y un honor infinito; un homenaje más grande que el que le tributan en el cielo todos los ángeles y todos los Santos en unión. La Virgen, y los Santos y los ángeles son simples criaturas, como tales finitas, y por consiguiente sus adoraciones, alabanzas y humillaciones revisten el carácter de limitadas; pero en la Misa, donde Jesús se ofrece, adora y se humilla, la humillación y el homenaje son de un mérito infinito, que nosotros ofrecemos á Dios; es una gloria y un honor sin límites que el Se-

(1) In omni loco sacrificatur, et offertur nomini meo oblatio munda. (Malaq., I, 11.)